

Patricia Osante

Orígenes del Nuevo Santander (1748-1772)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas/
Universidad Autónoma de Tamaulipas
Instituto de Investigaciones Históricas

1997

304 p.

Mapas y cuadros

(Historia Novohispana, 59)

ISBN 968-36-5821-0

Formato: PDF

Publicado en línea: 19 de octubre de 2016

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/origenes_nuevo/santander.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INTRODUCCIÓN

La idea de hacer esta investigación surgió, entre otras cosas, a partir de las lecturas que realicé de los trabajos publicados, en época reciente, sobre la colonización que se llevó a cabo durante la segunda mitad del siglo XVIII en el territorio conocido en ese entonces como el Seno Mexicano, para establecer la Colonia del Nuevo Santander (actual estado de Tamaulipas). Ciertamente no puede decirse que tan particular fenómeno colonizador no haya llamado la atención de algunos estudiosos —recordemos el encomiable esfuerzo realizado por el historiador tamaulipeco Juan Fidel Zorrilla—; sin embargo, a la historiografía del Nuevo Santander le hace falta un retorno a sus orígenes con planteamientos que tiendan a revelar una serie de incógnitas que se manifiestan, de manera sistemática, en los escasos trabajos que hasta ahora se han hecho sobre el tema. De aquí, entonces, la permanente preocupación en esta monografía que ahora se publica de ofrecer una explicación histórica que supere las interpretaciones tradicionales, en las cuales se presenta la colonización del Nuevo Santander como un mero suceso surgido gracias a la capacidad, a la espontaneidad y a la fortuna de un solo hombre, José de Escandón. Con esto quiero señalar que la presente investigación está orientada a analizar el acontecer neosantanderino desde una perspectiva tal que permita vincularlo con la red de intereses regionales que fueron creando, a lo largo de muchos años, autoridades y vecinos de las provincias aledañas al mencionado territorio hasta hacer posible semejante empresa.

Debido a que es difícil pensar y aceptar que José de Escandón haya podido sacar adelante una empresa que aun en manos del gobierno virreinal había estado condenada al fracaso durante dos siglos y medio por su gran costo y extrema dificultad, la línea central de investigación que formulo tiende a mostrar que más bien fueron intereses regionales diversos y muy poderosos los que contribuyeron a que se efectuara la colonización de ese territorio. Dentro de este contexto es fundamental la figura del coronel Escandón porque, como la mayoría de los funcionarios coloniales del régimen español, pese a su autoridad y a su adhesión a las directrices de la monarquía peninsular para ejercer el poder, no pudo sustraerse del entorno social y mucho menos ser ajeno a las estructuras económicas que impe-



raban en la Nueva España. Sus vínculos con hombres poderosos de la región los estableció durante su estancia en la Sierra Gorda. Informes muy precisos constatan la alianza de Escandón con ganaderos del centro y del noreste novohispano, de quienes recibió apoyo financiero y humano para llevar a cabo la colonización del Nuevo Santander, con la clara intención de obtener por ello poder político, tierras y, además, poner en marcha un circuito comercial terrestre y marítimo en el noreste novohispano para proveerse de artículos necesarios para subsistir, y a la vez lanzar al exterior los productos que ahí se producían.

En torno de esta línea de investigación, que nombro conductora, surgieron otras obligadas interrogantes. Así, pues, si partí del supuesto de que la empresa escandoniana fue apoyada por un grupo de hombres prominentes, en su mayoría ganaderos del centro y del noreste novohispano, di por hecho que se trató de una acción empresarial que tendió a impulsar y a sostener con recursos propios un proyecto colonizador, elaborado por Escandón, que procuraba el desarrollo económico, político y social de la naciente Colonia; luego entonces, ¿cuál fue el papel que desempeñó el real gobierno dentro de este ambicioso proyecto, de cara a las expectativas que sobre ese territorio se habían formulado Escandón y sus aliados?

Ahora bien, para ir aclarando las mencionadas incógnitas cuya resolución debía conducirme a la meta propuesta en la investigación de tan peculiar suceso, resultaba imprescindible abordar la labor realizada por el jefe militar de la empresa y la de los ricos ganaderos de las provincias vecinas desde una caracterización que me permitiera comprender y aprehender su actuación dentro de un espacio y una sociedad en los cuales tuvieron necesariamente que funcionar para dar cabida al proceso histórico que se conoce como la colonización del Nuevo Santander. Frente a este planteamiento surgieron otras preguntas más, una de ellas referente a los medios de que se valió el coronel peninsular para atraer la atención de los futuros inversionistas y hacer de su política el enlace entre la diversidad de intereses para sacar adelante su iniciativa colonizadora; otra más, acerca de las expectativas que sobre semejante empresa tuvieron los ricos ganaderos y con qué recursos contaron para participar en ella; y la última, en este sentido, fue descifrar en qué consistió el proyecto colonizador y cuál fue su resultado.

Asimismo, al contemplar la estructura económica, política y social que se fue creando a partir de las relaciones que estableció el grupo dominante con el resto de la población del territorio hasta lograr la consolidación de la nueva provincia, llama la atención el significado que tuvo para los ejecutantes del proyecto colonizador la presencia de numerosos grupos indígenas recolectores-cazadores, quienes ocupaban las mejores tierras del Seno Mexicano. Difícil resulta dejar de inquirir acerca de la política que se



siguió respecto de los indígenas de esa zona, para proteger los intereses de la corona y los de los pobladores prominentes. Una pregunta más, no menos interesante, estuvo enfocada a encontrar la respuesta sobre los intereses y las expectativas que contemplaron los colonos y los misioneros para efectuar su traslado al alejado y tan temido Seno Mexicano.

De acuerdo con el plantemiento central y las ideas derivadas de él, se infiere, a simple vista, que el hilo conductor que me habría de llevar al conocimiento de los orígenes del Nuevo Santander era, nada menos, que la alianza establecida entre Escandón y los ganaderos de las provincias aledañas al territorio que se pretendía colonizar. La clave es, sin lugar a duda, la expansión territorial que se produjo, a partir del primer tercio del siglo XVII, hacia las zonas periféricas del sur, suroeste y centro-norte del Seno Mexicano. Una vez trazado el camino a seguir, me ocupé de rescatar de los acervos documentales la manera cómo aquellos hombres prominentes, impulsados por el coronel José de Escandón, respondieron, se ajustaron y funcionaron dentro de la estructura política, económica y social creada en la nueva Colonia del Nuevo Santander, luego del traslado de cientos de familias de pobladores de distintos sitios, principalmente del noreste novohispano, a un territorio habitado por una gran cantidad de aborígenes recolectores-cazadores, del todo remisos a la presencia española.

Debo confesar que, en el intento por resolver las interrogantes planteadas en un proyecto de investigación previamente elaborado, de cuyas respuestas pendía, en gran medida, satisfacer las exigencias del objetivo que me animaba, y a la vez que me protegía de un posible extravío en ese *mare magnum* que representa la acuciosa búsqueda de información en los diversos archivos nacionales, durante la pesquisa efectuada en los acervos, pese a las precauciones tomadas, en más de una ocasión navegué en confusión tal por los intrincados laberintos documentales, recogiendo falsos o equívocos indicios que poco o nada aportaban a la investigación por mí emprendida. La exigua producción de estudios históricos sobre el Nuevo Santander complicó aun más este trabajo; sin embargo, gracias a la abundante información sobre el tema contenida en los fondos documentales del Archivo General de la Nación, de la Biblioteca Nacional de México y del Archivo del Instituto Nacional de Antropología e Historia, finalmente me fue posible reconstruir, en lo medular, el proceso colonizador de la Colonia del Nuevo Santander.

El tiempo comprendido para este estudio, de 1748, año en que da inicio la colonización, hasta 1772, abarca un periodo que permite efectuar un análisis del desarrollo y las transformaciones que se produjeron en la provincia mediante el influjo personal de José de Escandón y el del grupo de hombres prominentes durante 18 años. Además, en este lapso es posi-



ble indagar sobre la repercusión que tuvo la salida del coronel y el impacto de las reformas borbónicas en la Colonia del Nuevo Santander. Sin embargo, para llegar a examinar el fenómeno de la expansión territorial en el noreste, y replantear los problemas relativos a la creación de esa provincia, me vi precisada a tratar algunos asuntos de carácter general ocurridos en el noreste de la Nueva España en tiempos anteriores a la ejecución del proyecto escandoniano; acontecimientos todos ellos que a la larga habrían de incidir sobre la ocupación oficial del territorio.

Como punto de partida, es decir, en el capítulo primero, opté por la explicación del espacio donde ocurrió el suceso que me ocupa. Se trata, es cierto, de una visión de conjunto acerca de las características físicas del territorio, de los grupos indígenas que lo habitaban y de las primeras penetraciones efectuadas por los misioneros y las huestes españolas en los inicios de la conquista, con la intención de ofrecer algunos antecedentes, hasta hoy dispersos, que me parecieron pertinentes para describir la situación desde sus orígenes. El capítulo segundo trata expresamente sobre la expansión territorial que se produjo entre el siglo XVII y XVIII hacia las tierras del antiguo Seno Mexicano, para dejar establecido el interés que tenían los pobladores del noreste y del centro novohispanos por el uso y la explotación de las tierras de la futura Colonia del Nuevo Santander. Una vez ubicados los principales núcleos de expansión, ya en el capítulo tercero, se hace un examen parcializado de los proyectos colonizadores presentados al superior gobierno, a partir del segundo decenio del siglo XVIII, con el objeto de contrastarlos con el plan rector elaborado por José de Escandón. El apoyo gubernamental que recibiera el coronel Escandón y la estrategia que empleara como jefe militar de la provincia para organizar la estructura de la sociedad neosantanderina son los tópicos que campean a lo largo de este capítulo. En el capítulo cuarto, a través del análisis de la nueva sociedad que se asentó en ese territorio y de las actividades económicas que en él se desarrollaron, se reconstruye el contexto en que se concreta el proyecto económico que propició la ocupación oficial del territorio. Los resultados de la colonización y la crisis política, económica y social que se suscitó en la entidad, a raíz de la destitución de Escandón y la aplicación de la reforma fiscal y militar, son los temas que conforman el quinto y último capítulo.

Para el estudio de la población que hizo posible la ocupación del territorio del Seno Mexicano, procedí a clasificarla en cuatro grandes grupos, tomando en cuenta el *status* de que gozaron dentro de la estructura social de la provincia. De tal manera, efectué el registro de un primer grupo formado por hombres prominentes —en general ricos hacendados y oficiales militares que obtuvieron el poder político de las villas—; el segundo, integrado por colonos —soldados y pobladores de diversos oficios—



que representan al grueso de la población y cuyo punto de identificación radica en el deseo y en el afán de obtener una nueva forma de vida dentro de la sociedad novohispana. Los misioneros encargados de la reducción de los indígenas y de brindar los servicios espirituales a los españoles conforman el tercer grupo, y el cuarto y último es el constituido por los grupos indígenas de recolectores-cazadores que habitaban el territorio en el momento de la ocupación. Por otra parte, por tener el aspecto geográfico especial interés para este texto, elaboré cinco mapas con la intención de ofrecer mayor exactitud y sustento a los planteamientos que presento en esta investigación. Hasta aquí, pues, quedan las principales reflexiones en torno de las interrogantes que consideré pertinente exponer para prevenir al lector de la orientación de este estudio.

No quiero terminar esta introducción sin dejar constancia del interés puesto por los doctores Pedro G. Zorrilla y Octavio Herrera Pérez, director y coordinador del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Autónoma de Tamaulipas, respectivamente, por coeditar esta obra con el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Asimismo, deseo agradecer a todos aquellos amigos y colegas que, a lo largo de los cuatro años que me llevó realizar la primera versión del presente trabajo, que presentara como tesis para optar por el grado de doctora en Historia en la Universidad Nacional Autónoma de México, me impulsaron con su constante aliento a fin de concluir tan ardua tarea. En primer término, quiero dejar testimonio de la valiosa asesoría recibida del comité tutorial, especialmente del doctor Sergio Ortega Noriega, quien, en los momentos más críticos del sinuoso camino que recorrí, me ofreció, además de su docta dirección y de sus indicaciones tan atinadas, su apoyo incondicional y entusiasta; al doctor Gerardo Bustos, a quien debo, sin restarle importancia a sus pertinentes observaciones, la magnífica experiencia de haber podido elaborar los mapas incluidos en este trabajo; de igual manera agradezco al doctor Brian Connaughton su interés y valiosos comentarios. También he de mencionar las no menos interesantes sugerencias que me brindaran los doctores José Luis Mirafuentes, Felipe Castro y Virginia Guedea, a fin de enriquecer el presente texto.

Imposible dejar de hacer un público reconocimiento al doctor Álvaro Matute Aguirre, por su amistad y por la confianza que siempre ha depositado en el trabajo académico que desempeño; a él todo mi respeto y gratitud. Del mismo modo, deseo expresar mi deuda con la señora Patricia Ordaz, jefa de biblioteca, por el invaluable apoyo que me prestó durante la realización de esta investigación; asimismo, a mis compañeros del Seminario de Historia del Norte de México, por haber leído y discutido con actitud crítica todos y cada uno de los capítulos de la tesis. A mi hijo



Vicens, por haberme iniciado en el mundo de la computación; a él y a mi hija Melissa agradezco toda la asesoría que me brindaron en este campo, pero, por sobre todas las cosas, aprecio su infinita paciencia. Desde luego, debo memorar a mi hijo Alexandro porque me enseñó a sacar fuerza de mi debilidad.

Y para concluir el listado puntual de los reconocimientos, escojo a mis buenos amigos y compañeros del Departamento Editorial del Instituto de Investigaciones Históricas, particularmente a su coordinadora, licenciada Rosalba Cruz, por su eficaz y especial entusiasmo para llevar a cabo la presente edición. A la licenciada Rosalba Alcaraz Cienfuegos, con quien he compartido intereses personales y académicos durante más de 16 años. En ella reconozco a una insustituible compañera de trabajo que me ha ofrecido cotidianamente su ayuda incondicional en aras de mi superación académica. Prueba de ello es la elaboración del índice onomástico a su cargo, así como la corrección de esta monografía que hoy se publica; este último esfuerzo compartido con mi también entrañable amigo Javier Manríquez —el desenfadado poeta del grupo— a quien agradezco su empeño, su interés y su acuciosidad durante la preparación de la primera versión de esta obra. Al licenciado Juan Domingo Vidargas del Moral, por la aplicada lectura que realizó de la misma, y por sus calificados comentarios. Finalmente, me resta nada más añadir que este trabajo que presento en gran parte lo debo al ejercicio de la labor editorial que durante tanto tiempo desempeñé en esta Universidad. Sin conocer y amar y practicar las maneras como se construye y se corrige y se afina el tramado del lenguaje escrito, todo esfuerzo invertido en este estudio habría sido en vano.